

FLORENTINO

Celestino Fernández Ortiz

FLORENTINO PÉREZ-EMBED se consideraba, era, sevillano. Había nacido en Aracena, pero razonaba que aquel bello trozo serrano donde vio la luz pertenecía geográfica e históricamente al Reino de Sevilla, que para él representaba un encuadre muy superior —y mucho más vigente— que la demarcación provincial de Javier de Burgos. Y como sevillano se comportó siempre, no sólo en lo de barrer para casa —ahí está un cuadro de realizaciones de orden patrimonial artístico que justificaron en su día la Medalla de la Ciudad y una conducta de servicio a Sevilla en todos los órdenes de su actividad administrativa y política, que lo avalan—, sino en su estilo de pensar y de ser, que repartía humor y gracia, con el rumbo de una inteligencia abierta y generosa, que se entregaba a todos.

Florentino Pérez-Embida era del Opus Dei y militaba abiertamente entre los más politizados de sus miembros. En alguna ocasión de la vida tuvimos con algunos de ellos enfrentamientos más o menos dolorosos; con Florentino la cosa no pasó nunca de discrepancias, llevadas con un liberalismo espléndido, que él amenizaba siempre con una defensa de la tolerancia artillada de razonamientos donde la lógica pura se hacía chispa y elegancia, con una veta de cinismo culto que resultaba andalucísimo. Era hermoso verle servir con entusiasta fidelidad aquello que se le confiaba —por dispar que pareciera incluso a sus compromisos religiosos—, como cuando siendo director general de Información y habiendo determinado para Sevilla el primer Gran Fes-

tival de España, tuvo que enfrentarse —el que esto escribe representaba al Ayuntamiento en aquella organización, incipientemente más ambiciosa de lo que había de ser después—, y replicar con tanta energía como ingenio, a la Asociación de Padres de Familia que vino a protestarnos por la inclusión en el programa de una obra tan atrevida como *La Celestina*. No se olvide que todavía vivía don Pedro Segura, que estaba muy lejos el Concilio Vaticano II y que aún no había un sacerdote que predicara de otra cosa que del pecado y de la carne. Por universitario, por europeo y por sevillano, Florentino, siendo del Opus Dei —para confusión de los celosos y miopes moralistas—, impuso, ¡no faltaba más!, la obra del fatalista Fernando de Rojas.

Citamos la anécdota como podríamos citar muchas más en prueba de su humanismo. Que en él empezaba por ser humanidad. Y amistad ancha y abierta en todas las direcciones de la rosa hasta extremos que para algunos timoratos rozaba la frivolidad. Pero no era frívolo ni siquiera en aquella capacidad liberalísima para comprender los puntos de vista ideológicos más diversos sin perjuicio de una firmeza, poco corriente, de convicciones, de los que son índice elocuente sus últimos artículos, transidos de madurez que hemos leído en el lugar de honor de nuestro colega «ABC». Ellos son la prueba —y nos hace más irreparable su pérdida—, de que se nos va cuando más podía servirnos a todos.

(«Sevilla», 26 de diciembre de 1974.)

Florentino, político